

VICENTE GERBASI

13 oct. 1946

Por Antonio Márquez Salas • Especial Para EL TIEMPO



VICENTE GERBASI

HAY unas palabras del penetrante escritor inglés Aldous Huxley que se refieren a Carlos Baudelaire, pero que por la universalidad que entraña el concepto no considero un error aplicarlas al caso de un poeta americano de tanta fuerza, de tanta integridad poética, como lo es Vicente Gerbasi. Huxley dice: "Lo que me interesa sobre todo aquí no es tanto Baudelaire en cuanto hombre, sino Baudelaire en cuanto influencia y en cuanto fuerza persistente. Porque él es, efectivamente, una fuerza". Nosotros diríamos: "Lo que me interesa sobre todo aquí no es tanto Gerbasi en cuanto hombre, sino Gerbasi en cuanto influencia y en cuanto fuerza persistente. Porque él es, efectivamente, una fuerza. Y aquí fuerza —pretendemos que Huxley quiera darle ese sentido— se identifica en cierto modo con la tesis de Spencer que "considera lo Absoluto, es decir, lo Inconocible como la fuerza por antonomasia..." No dudamos que Baudelaire en materia estética sea un Absoluto, y aunque de ninguna manera queremos llegar a esta conclusión con respecto a la poesía de Gerbasi, nadie puede negar que éste se encuentra en camino de ese Absoluto, cuyo recorrido por otra parte lo está haciendo con tanta dignidad, con tan profundo convencimiento de la misión luminosa de la poesía, como resorte supremo y mágico en la armonía de las relaciones humanas, que nos permite inclinarnos a la más optimista esperanza en su porvenir poético, como una noble cifra lírica en los pasos aún incipientes pero vigorosos, de nuestra joven cultura.

Aunque la medida del arte no la da el esfuerzo que nos imponemos para su actual realización... o para su realización simplemente, este esfuerzo

traduce el número y la forma del obstáculo. Y el primer obstáculo en el andar estético del hombre es el verbo, no importa cuál sea la plástica que lo exprese. Cuando el hombre, penetrante y penetrado, vence al verbo, traspasa el umbral de su propia sangre y comienza su recorrido, que siempre será alarde magnífico de creación. Pero esta inmersión en el río infinito, este ser pez-espada diálogo o voz o palabra torturada, supone una lucha constante con los elementos antimágicos, impuros, satánicos del universo. El hombre que se vence a sí y por sí de toda su exterioridad, por más agazapada y abisal que la tenga, rasga los misterios del verbo y alucinado recorre el mundo, donde su muerte, que sería su olvido, su enterramiento, sin otro rútolu que el del registro civil, se transforma en llamarada, en incendio que lame perpetuamente las ruinas del recuerdo, haciéndose presente y vivo para las generaciones. Raíz y suma de toda humana incertidumbre, el verbo es igualmente la pasión y el medio de que nos valemos para cumplir los fines supremos de la vida.

De la conocida generación tan estrechamente vinculada a todo lo realizado por "Viernes" y sus epígonos, con la posible inclusión de Pablo Rojas Guardia, sólo dos nombres, Vicente Gerbasi y Otto D'Sola, adquieren verdadera posibilidad antológica dentro de nuestra poética.—Angel Miguel Queremel, por su formación española está fuera y por encima del grupo "Viernes"—, por razones de una propia y magnífica depuración y en virtud de un esforzado y noble trabajo de creación poética, que como consecuencia supone una actitud de dispar elevación frente a los métodos de otros poetas de su generación que

si aún hacen poesía no resistirán al corrosivo alquitrán del tiempo.

Vicente Gerbasi traduce para nosotros un sistema de vivencias poéticas, de categorías líricas, donde lo humano cobra instancias de elevada altura y lo espiritual, máxima conquista del poeta, riega de fecunda eternidad el armonioso cuerpo de la obra. Ni aun en aquellos poemas que informan su protesta y su clamor, por el vejamen de que fue objeto lo más entrañable y grave español, cae Gerbasi en el cartel, en lo antiliterrario, en el fraude poético. En todo caso él no desciende hasta el objeto, eleva el objeto hasta las zonas más flameantes y purificadoras de su espíritu. Se ha intentado derivarlo de los grandes románticos alemanes, especialmente Novalis y Rilke, los cuales, para él, en cierto modo, forman una especie de desiderátum en materia poética. Por la misma razón sus grandes y mejores afinidades americanas caen directamente en las aguas profundas y esenciales de esos dos grandes poetas continentales que son Humberto Díaz Casanueva y Rosamel del Valle. El signo predominante en la poesía de Vicente Gerbasi es la nostalgia, la cual envuelve toda su poesía en una atmósfera de vital elevación, que hace de él uno de nuestros poetas modernos de pulso lírico más fino, de más acentuada capacidad para hallar en un universo heterogéneo las llaves sutiles de la poesía. De ahí que el recuerdo melancólico llene hermosas páginas de su obra, cumpliendo especialmente en su último libro, "Mi Padre, el Inmigrante", el trabajo de vertebrar el poema. Sin embargo la atmósfera elegiaca que envuelve toda su poesía, donde por indefinición ideológica alguna vez osciló entre la libertad frente al infinito y un franciscano deseo de no moverse, de ver pasar friolento y melancólico, tiene su origen, sus causas medulares en la propia existencia del poeta, llena de situaciones dolorosas y contradictorias, que hicieron reas-

cionar su temperamento naturalmente sensible y puro, frente a la realidad de la vida práctica, indiferente y enigmática. En definitiva compartimos la sentencia, generosa y seria a la vez, de ese espíritu altivo que es el autor del "Blasfemo Coronado", cuando refiriéndose a Gerbasi dice: "que, seguramente irá ahondando a lo largo de su carrera poética hasta lograr su propio dominio espiritual dentro de la esencialidad y fuerza intuitiva que le son peculiares".

D'Sola, en cambio, guiado, cuántas veces?, por el buho de Minerva, se ha adentrado, con gran aparato verbal, en un mundo vasto y maravilloso, aparentemente transitado por el "sentido común", sin embargo rico en posibilidades poéticas, pleno de instancias culturales. De los dos, Gerbasi, espíritu más receptivo, más vivo y naturalmente más profundo, mejor dotado para captar la luz interior de las cosas, o los esquemas de la belleza pura en la flor azul que pretendía Novalis, presenta nobles características de gran poeta, dentro de una humanidad avisada y alerta a todas las incitaciones de la cultura y de la vida modernas.

Las obras de Gerbasi y D'Sola, de órbitas distintas, son, sin embargo, complementarias en cuanto que representan esencias diferentes de un mismo espacio poético.

De cualquier manera ambos poetas orientan en la actualidad un momento decisivo de la nueva poesía venezolana, que junto a cuatro o cinco nombres más, entre los cuales se destacan con toda nitidez Jean Beroes —a quien la juventud lírica de Venezuela ha acogido fervorosamente—, Luis Pastori, Jean Aritegueta, Tomás Alfaro Calatrava y algún otro en trance de creación renovada, como Manuel Felipe Rugeles, forman el círculo por cierto estrechísimo de la vanguardia lírica de nuestro país.

ANTONIO MÁRQUEZ SALAS.
Caracas, 1946.